



La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM es un recinto inagotable. Llevo en ella ya 20 años como profesora, e ingresé como estudiante nada menos que en el año de 1968. Era entonces nuestra Facultad, y lo sigue siendo hasta el día de hoy —a pesar de la impronta neoliberal que tan en contra suya se le quiere imprimir—, un lugar de educación en el más rico sentido del término, un centro de cultura crítica en el sentido más radical de la palabra, una fuente de energía

espiritual que nunca descansa. La existencia de este ámbito de libertad en el pensar, de rigor en el imaginar, de búsquedas de verdad, se da en razón de la presencia de ciertos profesores y profesoras excepcionales que con su talento creativo, con la dedicación, el esfuerzo y la tenacidad de su trabajo, imparten allí su cátedra, cotidiana y puntualmente. La Facultad de Filosofía —seguramente prescindible para los proyectos de nación obcecadamente utilitarios y productivistas— es uno de los pilares más sólidos sobre los que descansa nuestra Universidad. Dentro de ella, Margo Glantz, quien es ya uno de sus personajes legendarios, ocupa, sin la menor duda, uno de los lugares protagónicos.

¿Quién es Margo Glantz? Es una pregunta innecesaria. Margo es de todos conocida: la hemos leído alguna vez en periódicos de circulación nacional, la hemos escuchado en la radio, la hemos visto participar como consejera universitaria, la hemos disfrutado en sus *Genealogías*, en *Síndrome de naufragios* o en su última novela, *Apariciones*; nos hemos enterado de que ganó un premio, hemos asistido a alguna de sus conferencias, la hemos visto en la presentación de algún libro... Todos conocen a alguien que, como yo, ha tenido el privilegio de frecuentarla

como maestra en alguno de sus cursos en la Facultad de Filosofía. Es en esta última faceta de Margo, la de la mujer docta entregada a la enseñanza, en la que quisiera detenerme un instante.

De las múltiples cualidades de la doctora Margo Glantz dos resaltan sin opacar a las otras: su pasión intelectual infatigable y su abrumadora generosidad. Ambas cualidades que pertenecen al ideal de lo que se suele o se solía llamar "un gran maestro" pero que tan pocas veces se encuentran en la realidad. Si el masculino se me impone gramaticalmente no debo dejarle que pase por alto la dimensión femenina de la presencia de Margo, parte de su secreto de gran maestra y de aquella singularidad que la convierte entre nosotros en un ser imprescindible. A diferencia de otros grandes maestros, autosuficientes en su sabiduría, Margo conserva hasta hoy día una suerte de "inseguridad", aparentemente ingenua, que la lleva a no estar nunca contenta consigo misma, a renovarse permanentemente, a tener que "ponerse al día" en cualquier tema sobre el que descansa su interés. Nunca le parece suficiente lo que sabe, siempre piensa que debe saber más. De ninguna manera, por ejemplo, lleva su emeritazgo con esos aires masculinos de suficiencia y sabelotodería.

El modo que tiene de compartir sus pasiones —que eso y no otra cosa es la enseñanza para Margo Glantz— es él mismo *sui generis*; su impartición de cátedra se aparta de la pura funcionalidad del "formar e informar" pedagógicos. Muy por el contrario, si su enorme caudal de conocimientos llega a mostrarse es a través de una peculiar forma de coquetería que acompaña al fluir constantemente renovado de su cátedra. Margo Glantz, sin tenerlo, sin ser dueña de él, hilvana fino con el hilo de la Verdad (así, con mayúsculas). La verdad del conocimiento está para Margo sobre todo en la búsqueda del mismo, y es por tanto, como toda búsqueda, fascinante e incierta.

El cultivo de la inteligencia como necesidad vital es tal vez una característica que le viene a Margo de su procedencia judía, un origen actualizado y concentrado en las enseñanzas de su padre, don Jacobo Glantz —figura indispensable del legendario ámbito cultural que caracterizó a lo que fue la gran ciudad de México. Prueba de esta necesidad de saber siempre más y de manera diferente es su obra *Las genealogías*, donde Margo impuso una nueva forma de escribir literatura de añoranzas al explorar, con una distancia y humor que no debilitan sino enfatizan su compromiso, la condición de los inmigrantes y de las minorías.

La inquietud, la curiosidad permanente en la que se expresa esta búsqueda no sólo renueva y rejuvenece a la propia Margo Glantz sino que se traduce en la propuesta de tratamientos inusitados y sugerentes de los temas que llega a abordar. El ejemplo más reciente de esto es su entrega al estudio de la figura de Sor Juana Inés de la Cruz. Saludada por Elías Trabulse como «una espiral barroca, un *concerto grosso* a tres movimientos, en el que aparecen la vida, el triunfo y la tragedia...», su visión de la monja jerónima y del mundo barroco que dio origen a un ser tan contradictorio y fascinante ha venido a enriquecer sustancialmente esta región central de nuestro conocimiento histórico y literario; baste mencionar su último libro *Sor Juana Inés de la Cruz: saberes y poderes*. La contribución de Margo Glantz a la Facultad de Filosofía y Letras, a la UNAM y a la cultura de este país es, por lo demás, no sólo cuantiosa sino imprescindible. Fundó la revista *Punto de Partida*, que ha sido desde sus primeros números un espacio privilegiado en donde los estudiantes tienen la posibilidad de publicar sus primeros trabajos. Fue directora de literatura en el Instituto Nacional de Bellas Artes, donde fundó talleres literarios y editó libros que ahora son indispensables para el estudio de la cultura y la literatura mexicana. Como ejemplo baste el botón de la *Guía de forasteros*. También se desempeñó como agregada cultural en la Embajada de México en Londres, desde donde amplió esa promoción del estudio de la literatura mexicana que siempre ha llevado a cabo en sus múltiples cátedras y conferencias, impartidas tanto en nuestra Universidad como en otras universidades del mundo, entre las que se cuentan la Universidad de Cambridge, la Universidad Hebrea de Jerusalem, la Universidad de Nueva York, la Universidad de San Marcos de Lima, la Universidad de Los Andes en Caracas, la Universidad Complutense de Madrid.

Si bien el propósito de este escrito es destacar la impresionante trayectoria de Margo Glantz como escritora y como profesora de literatura, no quisiera dejar de mencionar un rasgo especial y casi íntimo de Margo Glantz, que destaca como excepcional en el mundo frío y competitivo de la modernidad que nos ha tocado vivir, y es su cultivo generoso de la amistad. Margo Glantz abre espléndidamente su casa a todos los que su espíritu exigente considera dignos de ser tratados como amigos. Su casa se convierte así en punto de reunión donde confluyen —por invitación que los acerca sabiamente— narradores e historiadores, poetas y filósofos; lo mismo figuras consagradas de nuestro mundo cultural que jóvenes estudiantes. Margo es de esos seres un tanto sobrenaturales que suelen tener precisamente aquel libro que llevas

meses buscando, y que no sólo lo tienen sino que lo ofrecen desprendidamente; que te recomiendan justo el libro que va a ser esencial para el asunto que estás trabajando y que no estaba comprendido en tu bibliografía.

No quisiera dejar de decir que he tenido el privilegio de contar con Margo, primero como maestra, después como colega y siempre como amiga. Para ella son estas líneas y, desde luego, mi admiración y afecto permanentes.

Dejo ahora que ella misma se exprese como lo hizo en una entrevista concedida al *Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras* en mayo de 1995: «Mi vida ha transcurrido desde mis tiempos de estudiante, en la Facultad, entonces todavía en Mascarones. Una de las cosas que encuentro más apasionante es dar clase, y gracias a ese entusiasmo, a la enorme capacidad de diálogo que se entabla con los estudiantes, a la maravillosa relación que se sostiene con ellos y con los textos, así como a la cantidad de ideas que surgen de esos intercambios, he podido profundizar en las cosas que me interesan, las he podido trabajar mejor y también enseñar mejor. Esa relación tan rica, tan positiva, tan interesante, es la parte más extraordinaria de la vida de un maestro. Es una intensa labor de ida y vuelta entre el maestro y el alumno, por eso no quisiera dejar nunca de dar clases».

Raquel Serur